



LA HISTORIA, SIEMPRE: CONVERSANDO CON MIGUEL ARTOLA¹

Álvaro Soto Carmona

Universidad Autónoma de Madrid



Asistir a las clases de Artola¹ siempre implicaba un cierto riesgo, ya que cuando menos lo esperabas podía repartir un texto histórico y preguntar sobre su contenido. Los alumnos teníamos que demostrar algo que nunca nos habíamos planteado: ¿Sabíamos leer? ¿Entendíamos lo que decían las palabras? Hoy en día sigue insistiendo en la importancia de saber leer: «Es fundamental para todo, y no sólo para la Historia». Pero no dejaba de ser un placer descubrir cómo se podía explicar la complejidad de la historia con sencillez, qué había que preguntar a los textos, lo imprescindible que era poseer un cierto bagaje en otras materias para entender los movimientos de un ejército en el cam-

po de batalla, el concepto de soberanía en la Constitución, la «responsabilidad limitada» en el capitalismo, o el funcionamiento del régimen político para conocer la evolución histórica de los partidos políticos.

Por eso es frecuente encontrar en sus libros recopilaciones de textos (volumen 2 de *Los orígenes de la España Contemporánea*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1959, o el tomo 2 de *Partidos y programas políticos (1808-1936)*, Aguilar, Madrid, 1974), o un libro dedicado a recorrer la historia universal a través de los textos. Dicho libro constituyó durante un tiempo una herramienta básica para introducirnos en la Historia y era manual de obligado uso en la Universidad Autónoma de Madrid. Me refiero a *Textos fundamentales para la Historia*, Revista de Occidente, Madrid, 1968.

Los alumnos dicen que no han aprendido nada en la universidad, pero eso no resiste la menor comprobación. «Uno de los impulsos de la juventud es ser impertinentes, ser contestatarios. Pero la universidad es un paso imprescindible para adquirir conocimientos». Miguel Artola es un excelente investigador, pero, además, es un extraordinario docente, en suma, un gran universitario.

Cuando recuerda la universidad en la que estudió afirma que «fue depurada. La diversidad de opiniones no era una de sus características», existía un fuerte «unilateralismo que no podíamos apreciar porque no habíamos vivido otra cosa». La situación fue negativa, muy negativa,



118 profesores universitarios se exiliaron, entre 1938 y 1945 se renovó el 57 por ciento del escalafón universitario. En palabras de José Luis Abellán, «la situación cultural de España en el periodo inmediato a la Guerra Civil fue la de un auténtico páramo cultural». Laín Entralgo decía que la suya había sido una «generación sin maestros». El propio Julián Marías defendió la «vegetación del páramo» entre 1940 y 1955, aunque como dice Ricardo García Cárcel, con razón, «el páramo historiográfico en los años setenta ya no existía». Ante dicha descripción Artola matiza: «No es verdad que pertenezca a una generación sin maestros... Tuvimos maestros muy diferentes, como ocurre siempre». El vínculo personal era la forma de relacionarse con ellos. Este sistema permitía pasar de tener grandes admiraciones a personas importantes que luego cambiaban al darse cuenta de que otras personas, que parecían irrelevantes, tenían una obra que descubrimos más tarde. «La Historia comienza con lo que uno investiga. Lo

que ocurre es que uno, en una etapa de su vida, se cree autodidacta. Luego descubre, cuando se le pasa el sarampión, que las cosas no son así, que los juicios que uno formulaba, hoy le parecen mucho más matizados. Tampoco la historiografía, cuando yo estudiaba, era tan compleja como es hoy. Era mucho más profesionalizada, mucho más recortada, metida en su terreno, cada uno estaba en su terreno, según su titulación, y no había mucho interés en dirigirse hacia otros campos».

Vivía en un «relativo aislamiento, tenía relaciones con mis compañeros y con algún catedrático, fundamentalmente con Pérez Bustamante, que había aceptado hacerse cargo de mí. En esa época, uno decidía que alguien le aceptase como discípulo, que le aceptase para dirigirle la tesis y promocionarle. Eso evidentemente sigue siendo así». «Durante mucho tiempo no participé en Congresos, estuve un tanto aislado. Mi secretaria en Salamanca estaba fascinada por las veces que disculpaba mi asistencia a invitaciones



que recibía. Entré en ese mundo mucho después. No tengo colaboraciones en Congresos, porque no asistí a ellos. En mi caso, el aislamiento era cierto».

En los años de formación «tuve escaso interés por la *histoire evenementielle*, posiblemente porque mi memoria no era buena. Leí ciertos libros que me causaron una enorme impresión y me orientaron a un tipo de discurso. Por ejemplo, de esos años es la traducción de *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)* (Pegaso, Madrid, 1952) de Paul Hazard, un poco antes se había traducido, del mismo autor, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII* (Revista de Occidente, Madrid, 1946), aunque lo leí más tarde. El primero de ellos fue un libro clave, era otra historia, era una historia distinta, se hablaba de literatura y desde ella se orientaba a cuestiones históricas. Le interesaba realmente explicar lo que era la Ilustración».

«Con la lectura de los libros de Historia del Pensamiento Político, que no había muchos, encontré los caminos que más me interesaban. Ello se puso de manifiesto cuando elegí el tema de mi tesis: los afrancesados. Dicho tema me obligaba a explicar un proceso, y para ello debía de construir un modelo racional que aclarara lo sucedido. Me planteé: ¿Qué es lo que me interesa? Me interesaba la primera contemporánea, es decir, aquella que ya no tiene cabida en su Asociación. En España, en 1808, se había gestado un enfrentamiento político entre tres grandes grupos: afrancesados, absolutistas y liberales. Tuve la sensatez de empezar por lo más fácil, el grupo más pequeño, menos duradero, casi una anécdota. Hice un planteamiento conceptual para identificar a los afrancesados: son ilustrados que sobreviven más allá de la revolución. La revolución ha sido tajante, ha creado dos grupos muy diferentes: uno, los ilustrados, y otro, los liberales». Cuando me pidieron una frase para definir a los afrancesados, tuve claro que eran aquellos que querían «el cambio sin revolución. Los afrancesados querían un cambio social sin cambio político, y es lo que hicieron durante

el siglo XVIII, gracias a que los reyes les dieron el poder para desarrollar su programa. Lo que pasa es que esa situación demostró su insuficiencia, al tratarse de unas reformas limitadas y al orientarse en su sentido económico, y, por supuesto, en el desarrollo cultural y científico, pero no se podía cruzar una frontera. En cambio, los que pensaron que se podía llegar más allá, los liberales, asumieron la necesidad de la lucha política, la necesidad de la conquista del poder para hacer la revolución».

En 1953 fue publicada su primera obra, *Los Afrancesados*, con un prólogo de Gregorio Marañón. Dicho libro ha sido reeditado, cincuenta y cinco años después, por Alianza Editorial. «Ésa es una historia muy curiosa y totalmente increíble. Yo no tenía relación con Marañón, pero, eso sí, era joven y tenía un cierto descaro. Un día leí en el periódico que Marañón preparaba un gran libro sobre los exiliados españoles, que era un tema para él muy atractivo. Marañón ha escrito sus libros al hilo de sus experiencias y de problemas concretos. Entonces me planteé para qué voy a hacer una tesis si Marañón va a escribir un libro. Ni corto ni perezoso, cogí el teléfono y le llamé. Se puso un mayordomo, tras hablar con Marañón, éste aceptó recibirme. Yo le dije, vengo para contarle que he aceptado una tesis sobre los afrancesados y si usted va a escribir sobre el tema me quiero retirar y dedicarme a otra cosa lo antes posible. De ninguna manera, me dijo que él había hecho cosas sobre el exilio, pero que yo debía realizar la tesis, y muy amablemente me comunicó que estaría muy interesado en saber el resultado de la investigación. Como consecuencia de eso, aparte de que Marañón era accesible, era accesible para la gente que le solicitaba un prólogo. Cuando hice la tesis le pasé un ejemplar y le visité. Le dije que me gustaría publicarla, entonces actuó como mediador y me consiguió que se publicara. Marañón habló con el conde de Motrico, éste me recibió y me dijo que le dejase un ejemplar. Al cabo de un tiempo me envió un aviso y me dijo que estaba interesado

en publicarlo Estudios y Publicaciones, que era la editorial del Banco Urquijo. Estudios y Publicaciones le pasó el libro a Pabón, y éste dio un informe aconsejando que se redujera la parte primera dedicada a la Ilustración. Así lo hice, y se publicó en una edición increíble».

Durante la segunda mitad de la década de los cincuenta y en la siguiente se asiste a una cierta renovación historiográfica de la que el propio Artola fue protagonista. En 1959, el Instituto de Estudios Políticos publicó *Los orígenes de la España Contemporánea*, libro que, sin duda, mostró otra forma de hacer historia y una visión nueva de los acontecimientos que se iniciaron con la crisis de la monarquía de 1808. Uno no es consciente de lo que se denomina «renovación historiográfica» en su momento, «uno vive la historia, pero no como la explica un historiador».

La celebración del bicentenario de 1808 y la cantidad de actos y conmemoraciones que se han iniciado y se prolongarán previsiblemente

hasta el año 2012, están suponiendo la publicación de numerosos libros y la reivindicación del término «nación» por ciertos sectores políticos.

«Los que van a intervenir en las conmemoraciones son un universo muy heterogéneo, hay gente de todas las corrientes y líneas de pensamiento. Tenemos una multitud de libros sobre la Guerra de la Independencia de todas las tendencias. Los Congresos oficiales dependen de las instituciones que los organizan. Pero supongo que vamos a tener un bicentenario muy complicado, muy conflictivo».

«Tenemos un revisionismo de la Guerra de la Independencia que se orienta hacia una historia social de la guerra, hacia una historia que produce unos determinados resultados que son novedades. Tenemos una nómina de guerrilleros, pero para mí los guerrilleros siguen siendo desconocidos, quitando media docena de ellos que llegaron a generales, el resto aunque sepamos sus nombres, son perfectamente desconocidos. En algunos casos sabemos su profesión, pero no más. No comparto la idea de que los guerrilleros sean campesinos, no veo por qué. Supongo que la masa de los guerrilleros son el resultado de la desertión de los soldados del ejército español en la campaña de Napoleón. Es el momento en el cual el ejército español se disuelve como un azúcarillo, cada vez que se pasa lista ha desaparecido el veinte por ciento de los efectivos. No es que se acabe el ejército en cinco días, pero se disuelve en muy poco tiempo. Esos soldados seguramente se fueron con su fusil y no volvieron a su casa. Unos cuantos, aunque no fuera un porcentaje significativo, bastan para que se crearan las partidas guerrilleras. Es una explicación no documentada, aunque hay alguna historia de alguien que se corresponde literalmente con esta situación, pero con un ejemplo no se construye ningún análisis sociológico. Los ejemplos no son más que ejemplos, divertidos, significativos si queremos, o excepcionales. Pero creo que es entonces cuando la guerrilla se convierte en una fuerza, en una realidad».



«El problema de la guerra para mí, es que es un problema en el cual están ausentes los análisis desde el punto de vista militar, ni siquiera en los libros hechos por los militares. Es decir, el problema de armas, estrategias, organización, disciplina, de todo ello se sabe muy poca cosa. Hay un hecho a tener en cuenta, es que Wellesley, que sería conocido como el duque de Hierro,² es un hombre que ha hecho una carrera militar basada en la creación de una línea defensiva que resiste a cualquier ataque, ¿cómo? Con una disciplina de hierro, no le llamaban el duque de Hierro por capricho, sino por la disciplina que imponía a sus hombres. Del mismo modo que los franceses van a la batalla siempre, toman la iniciativa y atacan con una columna a una línea británica. El paradigma de esa batalla es Waterloo».

«El problema de la visión militar de la guerra es un problema que me llama la atención, es decir, la guerra como operaciones de ejércitos armados, con una táctica y una estrategia. Lo que me interesó de la Guerra de la Independencia fue eso, es verdad que cuando yo escribí sobre el tema estaba influido por una serie de libros y de hechos que se estaban produciendo, o que se habían producido inmediatamente antes. El primero de ellos era el fenómeno de la guerra revolucionaria. Mao Tsé-Tung había escrito una serie de opúsculos sobre la guerra revolucionaria que fueron copiados, en un pequeño librito, por el Che Guevara. Teníamos guerras revolucionarias con un doble sentido, la guerra para hacer una revolución, la independencia o la revolución social, y eran revolucionarias por su forma de hacer la guerra. Tenían una estrategia y una táctica diferentes a la guerra convencional. Pero la conexión entre la experiencia española y la guerra revolucionaria no se establecía, y por eso publiqué un artículo que se llamaba «La guerra de guerrilla»,³ que luego fue un capítulo de uno de mis libros y que replanteó el tema de la guerra de guerrillas desde una perspectiva militar, no desde una perspectiva heroica... He hablado en bastantes ocasiones de la guerra y

creo que no he mencionado en ningún caso el heroísmo. Sé positivamente que el heroísmo es un factor en el combate, pero el heroísmo no va más allá. La guerra ha de explicarse por razones más profundas que ésa. Es cierto que sabemos más de los guerrilleros, pero no creo que hayamos avanzado en el conocimiento de la estrategia o de la táctica de los guerrilleros, porque nos faltan cuestiones muy fundamentales, como las descripciones de las batallas, son muy pocos los guerrilleros que cuentan las batallas. Espoz y Mina es el único que dice algunas cosas de cómo lucha, pero no tiene pretensiones teóricas. En cambio, curiosamente en España nos encontramos con una situación muy singular. Bajo el gobierno de la Junta Central se publican una serie de documentos que son absolutamente insólitos y responden a dos planteamientos: primero, los guerrilleros son soldados, no son bandidos (una tesis que los franceses se negaron a aceptar jamás, y, por ello, una vez detenidos eran fusilados). Y en segundo lugar, formularon una teoría de la guerra de guerrilla. Hay un párrafo en uno de los manuales del Reglamento de Partidas que es una descripción brevísima, pero esencial, de la estrategia de la guerra de guerrillas: cortar las comunicaciones, destruir los abastecimientos, librar batallas con una superioridad de combate, que las batallas sean breves, aislar y cegar a los ejércitos franceses... Hay una descripción de esta naturaleza, que es espléndida, de cómo una guerrilla sorprende a una unidad o a una compañía en un camino».

«Los más sensibles al valor teórico de la estrategia de las guerrillas fueron los franceses, tenían una experiencia cotidiana, que la sufrían y los prusianos que habían pasado por una experiencia calamitosa en la campaña de 1806. Durante la misma, los prusianos no sólo habían sido vencidos en Saalfeld, Jena o Auerstadt por los franceses sino, y esto es lo más importante, las fortalezas prusianas se rindieron con toda su guarnición y con todos sus abastecimientos intactos, se rindieron vergonzosamente ante la petición de rendición formulada en algún caso

por un capitán francés al frente de una compañía de caballería. Esa pérdida radical de la moral y la reacción que se produjo entre los reformadores prusianos fue crear un ejército basado en la movilización de la población, dotándole de un espíritu nacionalista. El propio Carl von Clausewitz pretendió venir a España, pero no pudo, y se fue a Rusia abandonando el ejército prusiano y poniéndose al lado del zar, lo que le costó su carrera».

Si observamos la obra escrita por Miguel Artola, vemos que su trabajo más cercano a la época actual fue un excelente artículo sobre la Guerra Civil de 1936-1939, publicado en *Historia 16*. Por cierto, fue un artículo «que tuvo problemas, ya que estaba destinado a otra publicación dirigida por Malefakis», pero no le pareció adecuado a este último, por lo que lo guardó y posteriormente se publicó en un número extraordinario de dicha revista. También llegó a 1936 en su libro sobre los partidos políticos.⁴ Mientras que se observa una tendencia entre los historiadores a escribir con el paso del tiempo sobre historia más reciente, ése no ha sido el camino de Artola, ya que, llegado a este punto, vuelve a la Edad Moderna y publica el libro *La monarquía de España* (Madrid, Alianza Editorial, 1999). Al preguntarle: ¿por qué?, contesta:

«En el fondo estoy desarrollando, sin yo saberlo siquiera, sin tener consciencia de ello, estoy desarrollando mi primer programa. En *Los Afrancesados* había que contar una parte de un tríptico. *Los Orígenes de la España Contemporánea* es la historia del liberalismo, es la historia de otro grupo; pero no había escrito nunca la historia de los absolutistas. Si bien la palabra absolutismo, o al menos una acepción, surge y se documenta durante la Guerra de la Independencia, en el sentido de una caracterización negativa de una forma de gobierno».

«Mientras estaba trabajando en ese tema decidí ir hacia delante escribiendo *Los partidos políticos*, una historia muy *evenementielle*, que ha interesado a pocos y que nadie se ha leído

la teoría general de la política del capítulo uno. Después empieza a plantearse mi preocupación por el constitucionalismo, que se concretaría en un primer momento en mi discurso de ingreso en la Academia de la Historia.⁵ Ése fue el punto de partida. He sido acusado recientemente de ser un historiador volátil, evidentemente con un sentido peyorativo, por cambiar de temas, al ser una muestra de poca profundidad en los trabajos que he realizado.

De ahí me fui al libro de *La monarquía de España*. Se trata de un análisis político. Es un intento de describir la «constitución histórica» de España. Entiendo que todos los Estados han tenido una Constitución, pero existe una Constitución no escrita y una Constitución escrita. ¿Cómo se conocen las no escritas? A través del análisis de cómo resolvían los mismos problemas que trataban de hacerlo las constituciones escritas: ¿cómo se toman las decisiones?, ¿cómo se ejecutan las decisiones?... El problema de la monarquía en España era saber cuál era su constitución histórica, que se adelanta a la constitución política de la monarquía española, que es el título que reciben las constituciones decimonónicas, sin excepción».

En algún momento recuerdo que usted me contó que cuando hizo la *Historia de España* de Alfaguara tuvo dificultades para encontrar historiadores que realizasen los libros de los años más recientes de nuestra historia, y por eso fueron Miguel Martínez Cuadrado (Catedrático de Derecho Constitucional) y Ramón Tamames (Catedrático de Estructura Económica) los encargados de realizarlos. ¿No le parece que los temas de franquismo y Transición, e incluso la II República y la Guerra Civil, han sido considerados por parte de ciertos sectores de la profesión más como temas políticos que históricos, lo que provocaba un cierto rechazo?

«No lo sé, no tengo ni idea de cuáles eran sus razones. Lo que me dijeron, es lo que se dice en estos casos, tengo mucho trabajo, estoy muy comprometido... Lo que resultó, no es que no hubiese historiadores, sino que en ese momen-

to eran muy jóvenes. En el terreno estricto de las cátedras de la Facultad de Filosofía y Letras, a las personas que me dirigí, dijeron que no y entonces me desplazé a los laterales.

Miguel Martínez Cuadrado había publicado un libro sobre elecciones,⁶ que no solamente eran cifras sobre los resultados electorales, sino un estudio de la evolución de los partidos políticos a lo largo de todos esos años. El resultado de su trabajo fue el volumen VI de la colección, *La burguesía conservadora 1874-1931*.

Ramón Tamames había escrito mucho sobre la economía de la época que el libro debería cubrir. Uno era muy respetuoso con las fronteras y a Ramón le dije que había pensado que él hiciera la parte del libro dedicado a la economía, y ya veríamos quién hacía la historia política. Ramón me dijo que asumía todo el paquete, y con esa condición lo hacía. Pues adelante, y el libro (*La República y la era de Franco*, volumen VII) se convirtió en el *best seller* de la colección».



Estamos discutiendo planes de estudios de nuevo. Uno tiene la sensación de que los cambios en los planes de estudios se están convirtiendo en una afición peligrosa que afecta negativamente a la disciplina y a los alumnos. Pero parece claro que algunos colegas disfrutaban con un debate alejado de la realidad. Mientras tanto, desciende el número de estudiantes de Historia. Artola tuvo que afrontar cambios en los planes de estudios, y, en concreto, a comienzos de la década de los noventa dirigió el «Grupo 14» que elaboró un nuevo plan de estudios. En dicho plan se introdujo la Historia del Mundo Actual, cuestión que valoramos muy positivamente desde la Asociación, y que nos ha permitido tener asignaturas específicas de la historia universal desde 1945 y de la Historia de España desde 1939. Artola insiste en que el conocimiento de nuestro pasado más reciente es una necesidad ineludible, así como es necesario ampliar la presencia de la historia contemporánea en los planes de estudios.

Sobre la eterna polémica entre contenidos e instrumentos, la opinión de Miguel Artola adquiere un especial relieve: «Yo creo que las dos cosas son compatibles. Cuando se habla de contenidos, estamos pensando, creo yo, en la lista de los reyes godos, digo la lista de los reyes godos porque es el contenido más denostado por la crítica de la historiografía. Dicho aprendizaje tenía una utilidad lateral, que ahora se ha perdido, y es que formaba la memoria de los individuos. Hoy sabemos los efectos que tiene el no memorizar. El memorizar no afectaba al conocimiento de la Historia, pero era positivo en otros aspectos».

«Cuando se hace una distinción entre contenidos e instrumentos, se está diciendo que los contenidos son pura historia *evenementielle* y que los métodos son los que permiten construir una interpretación histórica que es ajena a la historia *evenementielle*. De forma que la enseñanza de las técnicas es blanco radiante y la de los contenidos es negro absoluto. Creo que las cosas no son así, que el historiador profesional

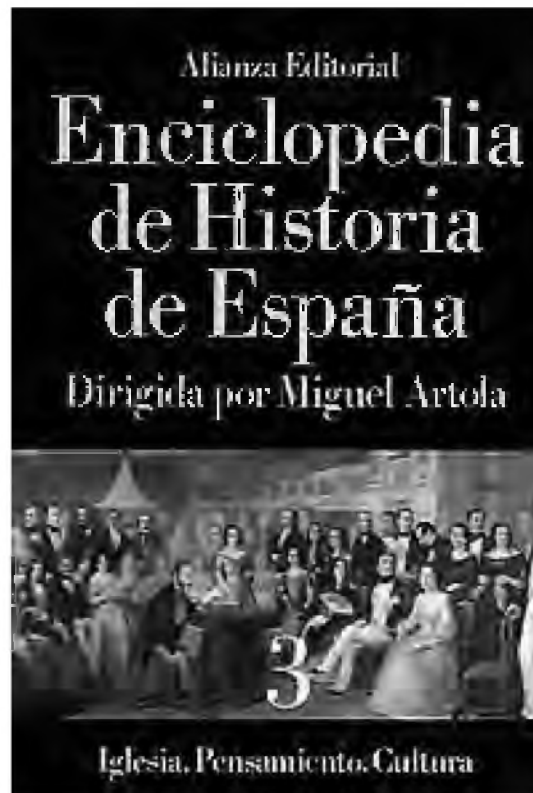
tiene mayores obligaciones y necesidades a lo largo de su vida de adquirir conocimientos que no ha dado en la facultad, conocimientos teóricos de otras materias.

Hemos hablado de la Guerra de la Independencia. Mi interés sobre la misma me la despertó Liddell Hart, el teórico de la guerra de carros durante el periodo de entreguerras. Liddell Hart había escrito un libro titulado *La estrategia de la aproximación indirecta*,⁷ que evidentemente no es un título de lo más sugestivo, pero que me sirvió para descubrir que hablaba de la guerra de guerrillas en términos infinitamente elogiosos frente a Wellington.

Entonces, el problema de explicar contenidos es cómo hacerlo. Si uno quiere explicar los contenidos de forma que los alumnos los adquieran, tiene que explicar algo distinto de los acontecimientos. Los contenidos en la guerra son la estrategia, la táctica, las armas... La historia de la guerra como una sucesión de batallas es insuficiente. O cómo se hace un capítulo de la monarquía o del Estado si no se conoce la organización de este último.

Los contenidos por sí solos no bastan, pero si uno explica tan sólo instrumentos, el alumno no sabe nada de nada. Puede que sepa teoría económica actual, pero difícilmente va a poder aplicarla a unas circunstancias totalmente distintas. Es decir, es una clarísima falacia. Para analizar los contenidos, uno debe tener las categorías necesarias. El profesor de Historia le da las categorías al explicar los contenidos. Es inimaginable decir al alumno: Haga usted un curso de Derecho Constitucional, para que yo le explique la historia contemporánea.

Estamos en un sistema educativo controlado desde hace muchísimos años por profesionales de procedencia determinada, pedagogos y psicólogos, que saben cómo enseñar y están empeñados en enseñarnos cómo se enseña, cosa que es perfectamente natural, pero que no saben explicar la realidad presente que cambia rápidamente».



Aunque Artola siempre ha sido muy discreto al opinar sobre acontecimientos vividos, no duda en ver necesaria la intervención del rey Juan Carlos en los primeros momentos de la transición a la democracia, pese «a los riesgos que esto trae consigo. En el momento presente, la situación necesita resolver un problema esencial, que es el de la legitimación. Hay una legitimación específica y determinada que surge de la Guerra Civil, pero esa legitimación es intransferible».⁸ Piensa que la historiografía española de los últimos treinta años se ha visto condicionada por el debate sobre la organización territorial de España y el Estado de las Autonomías. Sobre esto último, Artola afirma que desde la Transición ha transcurrido un tiempo en «que no hay ningún incentivo, o apenas incentivos, para mantener la integración territorial»⁹ y que «¡Sin duda!»¹⁰ es el principal y más grave problema del Estado. Eso implica que se venga asistiendo a una revisión del concepto de España: «¡En determinados lugares, sin duda! Hoy, en

esos lugares, incluso en determinados espacios sociales y culturales, diría que la palabra España es una palabra políticamente incorrecta. Es innegable que el concepto de España se niega hoy, radicalmente, por parte de algunos sectores de opinión, y eso es perfectamente visible».¹¹

La importancia de las nuevas tecnologías y su utilización por parte de los historiadores no fueron desechadas por parte de Artola. En realidad, ya desde mediados de la década de los setenta era notoria la presencia de un ordenador en el despacho de los ayudantes del Departamento, que tenía como fin contribuir a las investigaciones, sobre todo de historia económica, que se estaban llevando a cabo. Pero, sin duda, el proyecto más importante se inició a mediados de los ochenta y todavía continúa, es el de «La Legislación Histórica de España». En la actualidad es el Ministerio de Cultura, con la colaboración de la Academia de Historia y el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma, quienes siguen empeñados en su realización, bajo la atenta mirada de Miguel Artola. Su consulta es obligada (www.cultura.mecd.es/archivo/lhe/) y se ha convertido en una herramienta que facilita la labor de los investigadores. Cuando se le pregunta por el estado actual del proyecto, Artola contesta: «En este momento tenemos preparada la tercera edición que va a aumentar el 50 por ciento el volumen de los contenidos que tenemos en internet, y en la misma proporción las imágenes que contiene. Vamos a continuar aumentando porque existen numerosos caladeros que todavía no han sido explotados. Hasta ahora hemos pescado con una malla ancha. A partir de ahora vamos a pescar con una malla más estrecha. Vamos a utilizar unos sistemas más lentos, pero que nos permitan encontrar nueva legislación. Antes solamente íbamos a los sitios donde sabíamos que había montones de información legislativa, ahora solamente vamos a buscar en los libros de Historia las referencias legislativas que aparecen. Seguro que hay piezas capitales que no están en el catálogo, no están en la base de datos».

Bajo su magisterio hemos pasado muchos estudiantes que posteriormente realizamos, con su dirección, nuestras tesis doctorales, y algunos trabajamos en distintos departamentos universitarios. La impresión que uno tiene de las personas que podemos considerarnos sus discípulos es que somos bastante heterogéneos. ¿Usted cree que existe algo que nos une, hay algo «artoliano»? «Sí, es cierto que existe la heterogeneidad de que usted habla. Pero me está usted obligando a decir algo que resulta petulante. Todos los caballeros del rey son buenos».

Para finalizar, se acabó el proyecto de la Historia de Europa, está a punto de finalizar el de los procesos constituyentes en España, ¿no tiene ningún otro proyecto?: «Bueno, estoy en paro». Pero no es así. Miguel Artola, desde que se jubiló, ha publicado varios libros y sigue siendo responsable de proyectos de investigación. Ante mi insistencia Artola contestó: «Bueno, por tener, tengo un divertimento en ciernes. Voy a ir a París el mes de junio para escribir un breve trabajo sobre la Revolución Francesa. Echo de menos una historia de la revolución que explique la sucesión en el poder. Cómo se conquista el poder, cómo se conserva hasta que se pierde».

Me llama la atención el año anterior a la reunión de los Estados Generales, el abandono de la monarquía por parte de todas las corporaciones, el abandono de los individuos más directamente vinculados a la monarquía y que más la habían servido: la nobleza, el clero, los parlamentos, los juristas... Si fuera francés lo llamaría la traición de las elites del Antiguo Régimen. Abandonan manifiestamente, públicamente, la monarquía. Unos lo pagaron con la vida, otros lo pagaron con la pérdida de prestigio y de poder, sobre todo esto último, como fueron los juristas, ya que la revolución los redujo a la administración de justicia. Aunque parezca que eso es lo que habían hecho siempre no es exacto, habían hecho mucho más, habían sido mucho más importantes políticamente. Éste es el primer capítulo que me llama la atención.



Después de *Thermidor* acaba la revolución. Los franceses entran en un mundo diferente. Francia ha producido una Constitución, tras el proyecto girondino y la no aplicada Constitución jacobina. Cuando se decide a hacer la segunda Constitución se ha iniciado el camino que conduce al parlamentarismo controlado. El Directorio es mucho más importante que la Asamblea, y Napoleón lo que da es una Carta Otorgada. La llamada Constitución de 1799 no es tal, es una Carta Otorgada, tanto por cómo se hizo como por su contenido.

Esos años son muy interesantes, hay una enorme cantidad de violencia y de conflictos sucesivos. El primer conflicto es entre la Asamblea y la Corona, y explicar cómo la Asamblea se impone a la Corona es una historia fascinante que acaba con la llegada al patíbulo del rey y la reina.

Después, la lucha continúa con dos capítulos paralelos: Hay una lucha política entre partidos que conocemos sobradamente. Lo que a mí me interesa es cómo se hace la lucha, cómo se desplaza a los otros del poder. Pero seguramente la lucha más importante y la menos estudiada es

el conflicto de la Comuna contra la Convención. Yo resumiría esta historia en una sola frase, que es la que quiero desarrollar: la revolución es el cañón. El cañón es lo que decide la revolución desde el principio hasta el final. El cañón es el que toma la Bastilla y el cañón es el que acaba con la Revolución con Napoleón. Después de que los cañones fuesen dispuestos por Murat, Napoleón afirma que los ciudadanos se retiren que con la chusma me entiendo yo. Ahí acabó la revolución. La chusma no volvió.

NOTAS

- ¹ Artola era como se le llamaba entre los alumnos. Luego cuando se comenzaba a trabajar bajo su dirección se pasaba a don Miguel y, por último, una vez que se obtenía la titularidad o la cátedra se le llamaba Miguel. Pese a que ésta era la tradición, confieso que nunca le he llamado Miguel, ni nunca lo haré, no me sale, para mí siempre será don Miguel.
- ² Se refiere a Arthur Colley Wellesley, más conocido como el duque de Wellington.
- ³ «La guerra de guerrillas», *Revista de Occidente*, 10, enero 1964, pp. 12-43.
- ⁴ *Partidos y programas políticos (1808-1936)*, 2 vols., Madrid, Aguilar, 1977.
- ⁵ El discurso fue leído el 2 de mayo de 1982, y trataba sobre «Declaraciones y Derechos del Hombre». Posteriormente fue publicado bajo el título *Los derechos del hombre*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- ⁶ *Elecciones y partidos políticos de España: 1868-1931*, Madrid, Taurus, 1969.
- ⁷ En 1929 publicó *The decisive wars of history* que fue la primera parte de su decisivo estudio *The strategy of indirect approach*, publicado en primera edición en 1941.
- ⁸ «Cumbre de historiadores en Madrid», *Historia16*, 1, 1976, p. 8.
- ⁹ Entrevista realizada a Miguel Artola por María Antonia Iglesias y publicada en el diario *El País*, el 10 de abril de 2005.
- ¹⁰ *Ibidem*.
- ¹¹ *Ibidem*.